



## CAPITULO XIII

---

### El plan de pacificación

**H**os días pasaban y don Santos seguía, aparentemente, en la inacción más completa. Las encerronas eran diarias, y unas veces con y otras sin amanuense, ello es que la escritura le embargaba todo su tiempo, al grado que apenas aparecía el jefe un ratito en la mesa, comía tarde y distraídamente y volvía á su cubil.

— Esto tiene misterio, decía uno de los ayudantes; de seguro está escribiendo al rey de Prusia y á la reina de Inglaterra para pedirles se interesen por la chinaca.

— Creo más bien que estará componiendo una *Summa contra mochos*.

— O una refutación de Aguilar y de Segura.

— Algo muy gordo debe de ser.

Pero si era difícil saber qué hiciera el jefe, no era imposible notar que enflaquecía á ojos vistas, que perdía el color y que contestaba con monosílabos y como distraído á cuanto le preguntaban. Nosotros nos desvíamos por él, le rodeábamos de atenciones y de cuidados; pero todo igual.

— Está preocupado, me advertía Miravete, por los sucesos de Guadalajara; ha empezado el sitio y el hombre no descansa.

— Eso debe de ser, confirmaba Díaz Salgado; cuando lo de Peñuelas y Silao se puso en peor estado, y sólo cuando averiguó el triunfo de los nuestros, recobró el habla y el humor.

— ¡Pobre don Santos!

— ¡Pobre *Colmenero*!

— ¡Pobre General nuestro!

Un día salió Medina con un papel.

— Usted, Pérez; tú, Ramón y ustedes, Manuel y Moreno: echen aquí una manita; hay que sacar de esta carta doce copias para mandarlas fuera, y quiere Santos que ustedes se *acomidan*.

Todos nos pusimos al avío, y en un periquete concluimos las copias. He aquí el documento, que inserto á la letra porque guardo un traslado que resultó con raspaduras:

« Cuartel General en Belén.—Septiembre 29 de 1860.—  
E. S. General en Jefe don Santos Degollado. — Mi fino y querido amigo: Acabo de recibir su apreciable fecha de ayer, la que tengo el honor de contestar en el acto. El plan que me he propuesto para atacar á Guadalajara, es



el siguiente: establecer una línea de fortificación al frente de la del enemigo, con la solidez necesaria para circunvalar el circuito fortificado por aquél; fortificar también, por mi parte, los puntos que ocupan nuestras principales fuerzas, como son Belén, el Hospicio, Analco y la Penitenciaría y horadar las manzanas, para llegar hasta el centro de la plaza con artillería. Mis trabajos están para concluirse dentro de dos ó tres días, cosa que ni yo mismo esperaba; todas mis fortificaciones las he levantado al frente de las trincheras enemigas y bajo los fuegos de fusilería y cañón de aquéllas, sin que de mi parte se haya contestado á dichos fuegos, pues me he propuesto guardar un silencio absoluto, reservándome para imponerme al

enemigo, hacer caer sobre la plaza más de veinte mil proyectiles en las veinticuatro horas que precedan á las del asalto, que será dentro de muy pocos días. Las desgracias que hemos tenido, son sumamente pocas, no obstante el continuo fuego del enemigo y el atrevimiento con que hemos levantado nuestros parapetos y fortificaciones. No llegan á ocho los cañones que ha disparado todo nuestro ejército, y esto ha contribuido para que se aumente la moralidad á proporción que la pierde el enemigo. Los señores generales Valle y Ogazón han levantado algunas barricadas en su línea obedeciendo á su entusiasmo por ocupar la plaza cuanto antes; ya he dispuesto que mañana se les dé más espesor á dichas barricadas para evitar un golpe de mano, pues Castillo tiene más de 4,000 hombres de reserva, de buena tropa, y está dispuesto á salir con ellos al punto que se encuentre más débil, proyecto que he logrado fracase hasta hoy colocando en cuatro distintos lugares de la ciudad, fuerzas bastante respetables, inter se concluye la línea completa de fortificación.

» Tengo trabajando más de mil operarios en la *Escoba*, *Atemajac* y esta Capital, para proporcionarme en gran escala, pólvora, saleros, proyectiles de fierro y bronce, mantas para construir ochenta mil sacos y todo cuanto se necesita para la ocupación de una plaza fuerte como la de Guadalajara. Mañana llegarán 4,500 proyectiles que

me mandó construir el Sr. Ogazón, y que habré de pagar, y tengo ocupada la fundición de Atemajac, de la que me entregarán desde mañana de 100 á 200 proyectiles diarios.

» Con franqueza voy á decir á usted mi modo de pensar respecto de la plaza que asedio: ésta es sumamente fuerte por sí misma, y además sus calles y alturas están perfectamente bien fortificadas, según los inteligentes, y muchos creen que su ocupación no podré obtenerla sino después de un mes de sitio; mas yo creo de una manera firme y absoluta que antes de 10 ó 12 días, contados desde hoy, la plaza estará convertida en escombros y en mi poder. Mis proyectos no creo que humanamente me engañen, y si fracasan será por uno de esos incidentes que el hombre ni remotamente puede esperar, ó por uno de esos decretos de la Providencia ante los que son nada los cálculos de los hombres. Yo tengo fe, mi amigo, y á la Providencia le reservo lo demás. He mandado traer una cantidad de pólvora extranjera que hay en Sayula y que llegará á esta ciudad dentro de seis días; he mandado construir también dos morteros para arrojar bombas de á placa sobre la plaza; éstos, se me asegura, estarán en mi poder antes de quince días. He pagado igualmente 54 tercios de manta, y seguiré pagando en lo sucesivo la que se fabrique en las máquinas de la *Escoba* y *Atemajac*: todo esto demanda grandes y crecidos gastos, mas en

cambio nuestras operaciones caminarán con prontitud, pues las dificultades se zanja con facilidad. Las cuentas documentadas las lleva una especie de Comisario del Ejército que lo es el pagador de la División de Zacatecas, hombre eminentemente probo, el cual no entrega ni un solo peso sin el recibo correspondiente acompañado del *Dése* firmado por mí. Durante el tiempo que me he ocupado en redactar esta carta, el fuego ha sido vivísimo por los puntos de San Diego y Capuchinas.

»Tenga usted la bondad de mandarles á los Sres. Auza y Ávila una copia de esta carta por lo que respecta á las operaciones militares.

»Consérvese usted bueno como se lo desea su verdadero amigo que lo aprecia mucho y le manda un abrazo.

»JESÚS G. ORTEGA.

»Aumento.—Se me han pasado algunos soldados del enemigo, y creo que á proporción que me acerque á la línea enemiga, lo verificarán en mayor número.

»Tal vez arregle la entrega de algunos de sus fortines por uno de los principales jefes que defienden la plaza. Tengo buenos agentes, y creo que este negocio quedará arreglado; mas si no fuere, no importa, pues no me fundo en él, para ocupar los reductos enemigos.— *Vale.* »

Diariamente se recibían correos que de seguro llevaban noticia de las operaciones sobre Guadalajara; pero si

algo mejoraba momentáneamente el cariz de tristeza de don Santos, á poco le veíamos volver á sus murrias incorregibles. Cierta día que llegó un extraordinario á *matacaballo*, el jefe duró encerrado tres ó cuatro horas, y al cabo de ellas le vimos con los ojos hundidos, la mirada vaga, el tinte de la cara terroso, las manos vacilantes, la espalda encorvada, y sólo entero y con la misma cantidad de armónicas el timbre de la voz.

—Acabo, nos dijo luego que se hubo sentado á la mesa, de jugar el todo por el todo. He propuesto al ministro inglés, Matews, un plan para la pacificación de la República, y empiezo á tener ya las respuestas de los jefes á quienes comuniqué mi proyecto... Yo, amigos, que por irrisión de la suerte y mal de mis pecados he sido y soy director de ejércitos, jefe de tropas é instigador de matanzas organizadas, soy un hombre que, como Aarón, ama la paz, comprende sus dulzuras y busca sus frutos.

Yo sueño como ideal supremo de mi vida, en ver suprimida la guerra bárbara y absurda, en sentir que se amenguan y se borran las diferencias entre los hombres, y en saber que todos se unen y se estrechan en un supremo impulso de amor...

De niño odié esas diferencias entre ricos y pobres, fuertes y débiles, buenos y malos, tontos y discretos que ha establecido la vida social; y en mi sincero y desinteresado altruismo, habría querido ver á todos mis prójimos

ricos por felices, fuertes por buenos y grandes por sabios; al contrario de aquel emperador romano, habría deseado que todos los hombres tuvieran un solo cuerpo para estrecharlo con mis brazos, un solo espíritu para identificarme con él y fundirme en él, un solo amor para añadir el mío como combustible á la hoguera inmensa que debían de formar los más puros afectos de los demás humanos... Pero también desde niño me hirió el espectáculo de la injusticia, de la desigualdad, del sacrificio, de la ignorancia, de la pequeñez, de la miseria y del dolor. Mentira parece que cuando se proclama la igualdad de todos los hombres, su derecho al voto, su capacidad para gobernar y la inviolabilidad de su vida, no tenga el pueblo sino hambre, reclutamiento, viviendas infectas, asquerosa mancebía é inmensa tristeza... Estas pobres gentes, que ven correr la sangre de sus venas en forma de contribuciones al Gobierno, medias al hacendado, rédito al prestamista, diezmo al cura, limosna al convento, soborno al *topil*, gratificación al sacristán y obsequios al alcalde ó al prioste, todavía sienten la superioridad del conquistador, del expoliador en el mayordomo que les deshonoran las hijas y en el jefe de bandoleros ó de tropas regulares que se los lleva para que sirvan de carne de cañón y abonen con sus huesos el surco donde caen á la ventura, heridos de muerte y sin haber vislumbrado su redención...

Después de contemplar ese estado de tristeza y de angustia, me convencí de que había un factor que era la causa de todas nuestras desgracias: la preponderancia del clero y su poder formidable. Cuando veía á los Belaunzaranes, á los Pérez, á los Portugales, á los Labastidas y á los Munguías constelados de piedras preciosas, reventando de vanidad, de orgullo y de satisfacción; y á sus clérigos, curas y vicarios, mofetudos, arrogantes, podridos de lujuria y encenagados en los vicios, me convencía de que no era esa la Iglesia que Cristo había soñado... Luego, aquellos frailes rozagantes, despreciadores del pobre y aduladores del rico; aquellas monjas holgazanas y chismosas; aquellos cofrades hipócritas y groseros; aquellos fieles amantes de la política religiosa y de la religión política, me persuadieron firmemente de que nada tenían que ver con mi ideal de pureza, castidad y abnegación.

Y no es que me haya emancipado de las creencias que constituyen el consuelo de mi vida y la razón de ella. Precisamente porque las amo demasiado, quiero verlas libres de toda mancha y de toda inmundicia; Dios tomará en cuenta esa buena intención mía, y sabrá que lejos de pretender atentar contra el santuario, quiero devolverle su primitivo lustre y esplendor; yo, como el bienaventurado de Asís, he oído una voz que me manda reedificar la Iglesia del Señor y afirmarla en sus cimientos; y ¡vive Dios que creo haber cumplido con ese mandato soberano!...